

25 de noviembre de 1955. Montevideo, *Marcha* N° 791. P. 20, 21, 22.

EL ÚLTIMO LIBRO DE ZUM FELDE

La Historia del Ensayo: El Juicio y el Lenguaje.*

Con esta nota concluye la serie de tres que Carlos Real de Azúa ha dedicado al análisis y comentario de **Índice de la literatura hispanoamericana. La Ensayística** por Alberto Zum Felde (México, **Editorial Guaranía**, 1954). Las dos primeras fueron publicadas en los números 787 y 789 de MARCHA.

I

EL CESARISMO, LA DEMOCRACIA Y OTRAS COSAS

Es en este tomar partido ante la materia político-social en que sus adhesiones, y negaciones, se subrayan con mayor radicalismo. Con gran énfasis expresa Zum Felde su adhesión a la ortodoxia democrático-liberal y al más inflexible principismo. Antirrelativista y antihistoricista, no hace –en el plano americano- la menor concesión a inmadureces ni circunstancias.

Es así que, con un mismo acento, enjuicia las tentativas teocrático-cristianas de un García Moreno hacia 1860, los planteos antiidealistas y capitalistas de Reyles, ya en nuestro siglo, las inclinaciones pronazis de un Arguedas o de un Astrada o las doctrinas diversas del militarismo o del caudillismo cesáreo-popular. Lo único que Zum Felde no rechaza en modo alguno (además, naturalmente, de esas pausas de democracia efectiva tan raras en Hispano-América) son las oligarquías civilistas –conservadoras o liberales- de sesgo europeísta que, en forma mucho más duradera, han gobernado en nuestro continente. Esas oligarquías dirigieron a Chile, desde Lircay hasta Balmaceda y aún hasta Alessandri; a Perú, durante medio siglo; a Paraguay desde 1865 hasta la guerra del Chaco; a la Argentina, prácticamente hasta 1916 y aún hasta después... Estas notas no quieren derivar hacia la polémica histórica, pero observemos sólo tres cosas:

Primero: que esta actitud –parece ocioso destacarlo- es muy escasamente discriminatoria, muy escasamente histórica. La imagen de una democracia siempre inocente y siempre joven, siempre incambiada e intangible, siempre acechada por tenebrosos enemigos, todos diversos pero todos confabulados entre sí a pesar de sus aparentes diferencias, podrá emocionar hasta las lágrimas a algún editorialista de **El Plata**, pero nada tiene que ver con lo que –sin pedantería- cabe llamar la **realidad**. La **realidad** histórico-social.

En segundo término, esta posición parece incoherente con las que ha sostenido, más al detalle, el mismo Zum Felde, cuyo libro **El ocaso de la democracia**, editado por **Zig Zag** en Santiago de Chile y en 1939, pese a que el autor jamás lo mencione, tiene un interés que el cambio de las circunstancias no le ha quitado. En él, justamente, se desarrolla con profusión la antítesis entre las determinaciones de la historia, los factores irracionales y el realismo frente al idealismo doctrinario y racionalista. En él, justamente, se llega a conclusiones inequívocas: **“No existe en la realidad histórica un orden político teórico de validez universal, al que deban ajustarse, como lo pretende el Derecho constitucional democrático, todas las naciones del mundo (...) La sola concepción de esta doctrina**

* Transcripción y revisión: Lic. Gelsi Ausserbauer

y su formulación dogmática acusan su origen racionalista abstracto, ajeno a toda vivencia histórica y opuesto a la naturaleza empírica de las cosas”. (p. 48) Y en otra parte recomienda: “**No cerrar los ojos al desengaño, más aleccionador que los libros, para refugiarnos en la fortaleza de un principismo recalcitrante, pretendiendo detener el curso de la historia: tal nos lo exigen los tiempos (...) no nos convirtamos en tristes guardadores de tumbas ni en vírgenes vestales (...) Los mitos del idealismo racionalista han perdido entidad; y sus oráculos son voces que llegan de un continente sumergido. Fantasmas de la razón, estos ideales, preciso es reconocerlo, nunca fueron más que mitos...**” (p. 19).

En tercer término, tenemos algo todavía más grave. Y es que aquí, mucho más que en otras partes, parece agudizarse la inclinación de Zum Felde a basarse, mejor que en el conocimiento directo y total de los libros, en ojeadas apresuradas, en estribillos, en opiniones hechas y llevadas de mano en mano. Creemos, por ejemplo, que ningún lector advertido quedará con la convicción de que Zum Felde leyó con un cuidado muy vigilante la prosa de don Gabriel García Moreno. Pero pongamos un ejemplo mucho más cercano. Repitiendo un juicio muy reiterado por la pluma escasamente responsable de Luis Alberto Sánchez, Zum Felde afirma muchas veces que el libro del venezolano Laureano Vallenilla Lanz, **Cesarismo democrático**, es la teorización, servicial y abyecta, de aquel infausto régimen que el don verbal de Rufino Blanco Fombona bautizó con el nombre, untuoso y medicinal, de **gomezolato**. Muchas veces ha dicho esto Sánchez, y muchas veces lo repite Zum Felde que le llama **engendro** (p. 202, 203, 328) y **monstruosa alcahuetería** (p. 327), sin hacerle otra concesión que la de estar bien escrito.

Y bien, el libro de Vallenilla no es nada de eso. Ni es una teoría de la dictadura del Tigre de los Andes ni siquiera una teoría de nada. Es apenas un espléndido libro de historia. De una historia que no es, naturalmente, la leyenda edificante que han remunerado tan largamente todos los Presupuestos americanos, sino magnífica historia profunda en la que, tal vez no por primera vez, pero sí de las primeras, se hace una interpretación social y clasista de las luchas de la Independencia. El libro de Vallenilla, para marcarle afinidades, está por ejemplo muy cerca de los planteos de Pivel en su lúcido estudio sobre **las raíces** de nuestra independencia y más cerca aún de la interpretación revolucionaria de Jorge Abelardo Ramos en su **Latinoamérica - Un país** (a pesar que los valores desde los que los dos libros juzgan sean tan antitéticamente diversos). En Vallenilla Lanz se da evidentemente el reflejo de la sociología organicista de fin de siglo y de su desprecio por la persona humana, la libertad y la autonomía. Se da también el desdén por la ideología revolucionaria que obra en la mayor parte del pensamiento histórico social francés desde Taine hasta Maurras, a la que se concibe como un desvarío libresco y cruel que destruyó estructuras históricas edificadas por la sabiduría del tiempo y de la experiencia. Se da también la primacía de los valores del orden y de cierta concepción casi policial de la Paz sobre cualesquiera otros. Todo esto es cierto. Pero su concepción del **cesarismo democrático**, es, diríamos, científicamente neutra y no es invento suyo, porque las formas de este cesarismo plebiscitado por multitudes efectivas atraían dolorosamente la atención de los teóricos desde los grandes triunfos electorales de **Napoleon le petit**. El **cesarismo democrático**, agreguemos, apunta a una realidad política indiscutible de la que la propia y más reciente historia americana nos da ejemplos numerosos. La teoría correlativa de Vallenilla: la del **gendarme necesario**, no es, como la otra, neutra, lo reconocemos, pero importa una racionalización que se ha aplicado profusamente en las interpretaciones de nuestro siglo pasado; ha sido una clave hermenéutica para ciertas salidas a situaciones de extrema anarquía y se ha usado y discutido sin escándalo y sin gestos pudibundos. Si Vallenilla pensaba en Gómez cuando escribió su libro no nos lo dice. Es

probable, es posible; más, es casi seguro. Pero ello depende de la voluntad del lector, tan dueño de discrepar, entonces como ahora, de que el cruel Tirano de los Andes, como lo llama O'Rourke, fuera necesario para alguien, salvo para él mismo y los intereses de su descomunal fortuna. Tan de la voluntad del lector depende eso como suponer que **El ocaso de la democracia**, escrito en 1939, se publicó para cohonestar la causa de alguno de los bandos en la guerra que en ese año se inició. No lo creemos, naturalmente, y nos recordamos lo bastante para evitar todo puritanismo ridículo, pero debió recordar Zum Felde aquello de que **con la vara que midiereis...**

Muy dueño es el autor, por ejemplo, de elogiar el mediocre libro de Germán Arciniegas, **Entre la Libertad y el Miedo**, tan justamente censurado en estas páginas y que resulta, a un trasluz que no todos ven, el portavoz de los intereses millonarios de la Sociedad Interamericana de Prensa (p. 531). Razón le sobra, por ejemplo, para afirmar que un realismo político cerrado desconoce la función de los valores humanos ideales (p. 145), pero creemos que no entiende nada de América el que meta en un mismo saco a instintivos caudillos campesinos, a auténticos conductores de masas y a tiranos, crueles y/o corruptores, pero siempre ávidos. El que ponga juntos a un Francia con un Juan Vicente Gómez, a un Vargas con un Somoza o un Trujillo, a un Belzú con un Machado y hasta a un Latorre con un Santos. El que no sabe discriminar incluso, cómo dentro del militarismo, que es sólo una condición social y no una política, cabe una amplia gama de actitudes, de inspiraciones sociales y hasta de técnicas. Tienen distinto estilo y fin los manotazos de los espadones y ciertos movimientos de las clases jóvenes de la estructura militar. Hispanoamérica y el Medio Oriente nos ofrecerían muchos ejemplos; pero todo esto nos llevaría muy lejos.

Además, lo que importa señalar es que no son el mohín, la suficiencia y la simplificación los que nos permiten ver bien la realidad histórica. Siempre que no queramos, naturalmente, convertirnos en las **vírgenes vestales** que el Zum Felde de 1939 temía.

II ACIERTOS

Dentro de esa trama, desordenada e informal, Zum Felde acierta a menudo o, por lo menos, aventura posiciones que pueden ser discutidas con objetividad, con respeto. Su libro es, sobre todo, eficaz en el orden de cierta crítica –sátira a veces– de la vida intelectual hispanoamericana.

De la religión de lo parisino, por ejemplo, sostiene al hablar de Ventura García Calderón: “**Su mayor nombradía continental data de aquel ‘tempo felice’ –infelice– cuando la seductora Lutecia de Darío sigue siendo todavía la metrópoli de esta América Hispana (la ciudad-luz que atrae a las mariposas literarias de este lado del Océano); y las famas literarias se forjan al calor de los círculos latinoamericanos que allí tienen su asiento**”. Estudiando a su hermano, insiste en situarlo “**en esa época –la suya– (...) la de mayor galicismo mental de estas ex-Indias; cuando escribir un libro francés o dar una conferencia –ídem– en la Sorbona, representa para la mayoría de la gente culta (y también para la minoría) el más alto título de intelectualidad**”.

Esbozando la personalidad de Rufino Blanco Fombona, toca agudamente en la caracterización de un curioso tipo literario y humano, hoy desaparecido: “**la actitud y el estilo de Blanco Fombona, este habitual revólver que le acompaña, ese acero retador, (tal vez estoque) de espadachín, ese gallardo matonismo literario, de ribetes caballerescos y mosqueteriles, de lejana ascendencia cyranesca no es cosa sólo**

personal, singular, sino muy representativa de cierto tipo de escritor bastante extendido en América –a fines del XIX y principios del XX– y que cuenta con otros ejemplares tan famosos como Díaz Mirón, su resonante colega. Los ejemplos de Zum Felde son prudentemente cortos y tal vez el fenómeno no sea exclusivamente americano, aunque entre nosotros se haya dado con mayor frecuencia que en otras partes. Laurent Tailhade y Valle Inclán pertenecen en mucho a ese tipo, pero en nuestro continente el rol es muy largo si se agrega a los nombrados a Vargas Vila, a Gómez Carrillo, a José Santos Chocano y al mismo Vasconcelos (del que alguien nos contaba haberlo visto más armado que algunos de aquellos legendarios pistoleros de los “twenties”). En el Uruguay, incluso, el modelo se reiteró en Acevedo Díaz (con los ribetes de “compadrito” que señalaba Palomeque), en Teófilo Díaz, en Roberto de las Carreras (hasta el desvarío total) y, ¿por qué no?, en cierto lejano y esfumado Aurelio del Hebrón, de aire vikingo y arrogancia desafiante, que enjuiciara al país entero desde el borde mismo de la tumba, apenas abierta, de Julio Herrera y Reissig... (Es claro que en toda esta [...] habría que distinguir entre los auténticos y los amanerados. Tal vez no sea justo poner en el mismo saco a un Acevedo Díaz, todo carnadura, pasión y guapeza, y tantos que se conformaron con el gesto estudiado y las artes de la peluquería).

La ironía es más directa que otras figuras de mayor vigencia: el **“escritor múltiple [...] otros, esos ilustres polígrafos normales –y, a veces, admirables– (ensayistas, novelistas, poetas historiadores, políticos, críticos, etc., todo con gran [...] y prestancia...)”**. O la del que aspira a ser “poeta de América”, **“ambición suprema de cuanto ampuloso portalira o pensador más o menos libresco abunda en este continente”**. De cierto género muy abundante ayer y hoy dice: **“Nada hay más semejante en el mundo y en la historia que el lenguaje de dos publicistas políticos y románticos de mediados del siglo XIX (como no sea el de otros dos de mediados del XX...)”**.

A veces esos simples puntos suspensivos se hacen eficacísimos. Hablando de la crítica a la Argentina realizada por la generación intelectual de Borges, de Erro, de Mallea, de Canal Féjoo, sostiene: **“Tal vez no fuera razonable pedir esas directivas concretas. Tal vez no estén maduras todavía. Pero lo cierto es que, sin ellas, es imposible el movimiento que postula. Y que no se ha producido (A menos que...)”**. Doce años de historia argentina y sus posibles relaciones con esa crítica se esconden diestramente detrás de estos tres puntos.

También suele el **Índice** ser certero en la consideración de algunos escritores sobrevalorizados más allá de su verdadera medida, inflados por la indolencia crítica, el mal gusto o razones circunstanciales extrañas a la literatura. Tal el caso de Montalvo (aunque su juicio no sea original y se apoye en los planteos de Anderson Imbert). O el de los argentinos Carlos Octavio Bunge (a pesar de lo muy interesante que siga siendo **Nuestra América**), Manuel Ugarte y José Ingenieros (en sus inaguantables tratados pseudo-morales). Buenos son también, sin esta intención revisora, los pasajes dedicados a Bello, a González Prada, a Hostos, a Vaz Ferreira, a Pérez Petit, a Juan Agustín García y a Pedro Henríquez Ureña.

En este balance demasiado minucioso, subrayemos ahora que los aciertos de este libro no son escasos.

-III- OTRAS DIFICULTADES

Toda historia literaria lleva, dentro de sí, un latente conflicto, una insalvable contradicción. Si sigue una línea cronológica estricta, las conexiones se borran y toda agrupación coherente de escritores y de obras resulta imposible. Si, por el contrario, atiende a éstas; si dibuja en el curso temporal ciertas **figuras**, como pueden serlo los núcleos de libros de un mismo género o las distintas [...] de un tema a lo largo de los años, se abren en el curso cronológico baches imprevisibles. En ellos, la misma historia sucumbe como tal.

El Ensayo de Zum Felde no es riguroso en la periodización y podría señalársele muchos [...] de arbitrarias ubicaciones. El colombiano López de Mesa no es coetáneo de su compatriota Antonio García, ni lo son Vaz Ferreira y Montero Bustamante de Emilio Oribe [...] Eduardo Dieste, ni ninguno de ellos de Mario Benedetti. García Godoy, epígono [...], no está tampoco bien incluido entre los críticos literarios del romanticismo.

Todo esto, sin embargo, es venial, frente a desajustes que le impone el conflicto a que nos referíamos. La necesidad de construir grandes coherencias determina, por ejemplo, que el ensayo de línea americanista sea llevado hasta 1912, para reseñarse después (demasiado parcamente) las polémicas del romanticismo en Chile. La conveniencia de señalar la reiteración de ciertas antítesis en distintas épocas impone también yuxtaposiciones poco netas. Cuando Zum Felde trata, por ejemplo, el conflicto entre el colonialismo hispanista o europeísta y el indigenismo, inmediateza a González Prada con sus continuadores apristas o comunistas Orrego y Vallejo, para yuxtaponer después a los tres con su posible contradictor, Riva Agüero, que perteneció, sin embargo, a una generación intermedia.

Se dirá que en un libro tan extenso esas imprecisiones son inevitables. No lo negamos y acabamos de usar, por ello, la palabra venial.

Algún amigo nuestro, que discutió algunos de estos enfoques, resumía su posición en la nuda afirmación que **el Índice de la Ensayística** es un **libro imposible**. Imposible adverbialmente, entiéndase, no adjetivamente. Tan dilatado periplo en pos de un género tan fluyente y en ancas de un método tan resbaladizo como lo es, no específicamente el de Zum Felde, si es que lo tiene, sino el de la historia literaria **in toto**, no evita, visiblemente, las fatigas de la realización. Esta fatiga tiene dos rostros.

Uno de ellos es el desfallecimiento, la total carencia de brío, de alegría, de ánimo predatorio con que se llega a los autores mayores. Achaque es éste de todas las historias literarias y es seguro que el que escribe un manual de literatura inglesa o alemana no abriga la ambición de decir algo inolvidable sobre Shakespeare o sobre Goethe. Pero los autores hispanoamericanos no están tan explorados y el **tema-Rodó** y el **tema-Martí** podían haber sido acometidos con mejor voluntad, con mayor alcance. Este tratar de cumplir en cualquier forma con los autores, aunque es rasgo general, admite buena cantidad de excepciones, lo que hace que el libro resulte un tránsito muy irregular de largos pasajes arenosos y de trechos de cierta cristalina lucidez. Es demasiado habitual, de cualquier manera, la prescindencia del desarrollo espiritual de escritores de larga obra y la omisión de aquellos elementos realmente significativos que han sido prenda de su perduración y su influencia. Sólo dos casos mencionaremos: no puede examinarse bien la obra de Alberdi, salteando, sin una alusión, los importantes artículos del **Figarillo de la Moda** ni el ceñido y prometedor **Fragmento preliminar al Estudio del Derecho**. No puede estudiarse a Martínez Estrada omitiendo **La cabeza de Goliath**, el **Nietzsche** y el decisivo **Sarmiento**.

Resulta señalable, sobre todo, que no exista en este libro un método común, de acuerdo al cual los distintos autores se insertarán en la obra. Algunos, como el caso de Blanco Fombona, se despachan con la epopeya, más divertida que profunda, de su personalidad. Otros, con el resumen de sus libros y, a veces, de uno solo de ellos, aunque el escritor, como en el caso de Bunge y de Marasso, haya escrito una buena cantidad de volúmenes. Otras

figuras se expiden con el esquema de la situación histórico-social en que están inmersas, y otros, por fin, como sucede con Martí, con el resumen de su ideario (ya preparado por ajenas manos).

La otra cara de la fatiga la da lo que llamaríamos los rellenos. En ciertas partes del libro se siente, intuitivamente, cierta **óptica de la inmediatez**, que no es la del resto de las páginas. La impresión de que se emplean apuntes inéditos que datan de muchos años o artículos periodísticos olvidados se hace invencible cuando llegamos a una larga crítica del olvidado libro de Jorge Max Rohde sobre **Las Ideas estéticas en la Argentina** o cuando recorremos la larguísima refutación de la **Historia de la literatura argentina** de Ricardo Rojas (p. 389-398). (Aunque alguien pensará que en estos achaques de longitud más valdría que nos calláramos.)

Es lamentable también que Zum Felde no haya conectado su fundada y seguida actitud frente al **americanismo literario como patrón de juicio** (p. 174) con otra actitud frente al americanismo literario como **patrón de espacio**. Porque, en verdad, la ensayística de lo americano, a veces tediosa y en general resumible, ocupa un lugar excesivo en el libro y lo ocupa en perjuicio de preocupaciones y temas menos centrales pero de mayor originalidad. Esto, que llamaríamos su inconsecuencia, le impuso un trabajo muy evitable. Es el de ciertas negaciones minuciosas de algunas posiciones ya pasadas. Las que Zum Felde realiza con las de Lastarria y algunos contemporáneos hubieran sido muy significativas hace un siglo. Explayadas hoy, sólo consiguen hacer recordar un famoso dicho español (que tiene sabor fronterizo): **a moro muerto, gran lanzada**.

-IV-

LA INFORMACION Y EL DETALLE

Algunos libros anteriores de Zum Felde (nos referimos a su **Crítica de la literatura uruguaya**, de 1921, y a su **Proceso Intelectual del Uruguay**, de 1930) señalaban una cierta despreocupación –muy singular en nuestra época– de toda precisión onomástica, cronológica y bibliográfica. Este **Índice** extrema esos rasgos. Y no los extrema por casualidad. Porque, al ampliarse el área del examen de una nación a todo un hemisferio, las posibilidades de errata se multiplican prodigiosamente. La inconexión cultural entre nuestros países, la falta de bibliotecas especializadas, nuestra misma posición uruguaya, tangencial a los grandes centros de edición hispanoamericana, así lo determinan.

Si pocas tareas como las de la historia literaria parecen reclamar en nuestro tiempo el **trabajo en equipo**, si pocas imponen una tal agotadora labor previa de erudición menuda, de preparación de materiales, de depuración informativa, ninguna historia literaria o cultural como la hispanoamericana lo reclama con mayor énfasis. Cierto es que detrás de los dos celebrados libros últimos de Pedro Henríquez Ureña hay sólo una vida de escrupulosa atención, pero el ejemplo de Henríquez Ureña es un ejemplo impar, pues a la excelente exposición de Anderson Imbert se le han señalado errores. Piénsese, incluso, que Henríquez y Anderson escribieron sus historias junto a institutos especializados como son los que existen en Buenos Aires y Ann Harbor y que, en cambio, Zum Felde ha trabajado en su soledad montevideana y no es su temple de esos que impulsan a una labor de fichero, a un esfuerzo –como el de Pedro Henríquez– de toda una vida artesana, escrupulosa, fiel.

Por eso no es de extrañar que ya sea general en este **Índice** la prescindencia de mucho de lo ya alborado en torno a los temas que el libro maneja.

Comencemos por señalar que el autor parece no conocer todo –y lo mucho– que se ha escrito en estos años sobre la historia de las ideas en América que es, en realidad, su tema subyacente. Brillan por su ausencia los desarrollos del argentino Aníbal Sánchez Reulet, los de Francisco Romero, los diversos trabajos de José Gaos, tan fundamentales. Ni siquiera los valiosos aportes de Arturo Ardao –su compatriota y que por serlo podían resultarle fácilmente accesibles– han sido utilizados en oportunidad alguna. En puntos concretos, en los que las investigaciones de Ardao son definitivas, como el de la ideología de la generación del Ateneo y el proceso del **espiritualismo y el positivismo** en el Uruguay, Zum Felde, desconociendo esos materiales, ha preferido remitirse a su útil pero superado desarrollo del **Proceso Intelectual**. Lo mismo sucede con las aportaciones de Ardao sobre la infancia y juventud de Ingenieros, o con su excelente ensayo sobre la filosofía de Rodó. (**Número**, 6-7-8).

De todo este caudal libresco, Zum Felde utiliza solamente los ensayos de Francovich sobre la filosofía boliviana (un punto muy menor) y el libro de Zea: **Auge y decadencia del positivismo en México** al que sigue puntualmente. Sin embargo, hasta de la obra de Zea, que tanta adhesión justamente le despierta, no parece conocer ni haber usado su completísimo desarrollo de **Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica: del romanticismo al positivismo** (1949), que tan útil le hubiera sido.

Pero sus prescindencias son mucho más concretas y más serias. Para las fuentes de la formación ideológica de Sarmiento –entre las que omite a Lerminier y construye prioridades desenfocadas p.105–, para las de Echeverría y las de toda la generación romántica argentina, Zum Felde parece ignorar los fundamentales ensayos de Raúl Orgaz en su “**Romanticismo Social**”, los de Abel Cháneton y los testimonios acumulados en su monumental edición del **Dogma Socialista** por Alberto Palcos (sólo citado a través de recortes periodísticos (p. 89).

En puntos más limitados aún, los vacíos del libro son significativos. Prescinde de las investigaciones de Piccirilli y de Robin A. Humphreys sobre la influencia de Bentham en América y especialmente sobre Rivadavia (p. 69-70); desconoce (p. 258) las circunstancias personales y políticas de **El hombre mediocre** y **Las fuerzas morales** de Ingenieros (atacan a Roque Sáenz Peña), aclaradas por Manuel Gálvez en **Amigos y maestros de mi juventud**. Cuando afirma que nadie ha visto la dualidad de idealismo y positivismo en Hostos (p. 225) ignora el pequeño pero muy certero libro de Francisco Elías de Tejada: **Las doctrinas políticas de Eugenio M. de Hostos** (Madrid, 1949).

Declara a veces Zum Felde la inexistencia de libros sobre algunos temas o la de otros que hayan recogido trabajos parciales que menciona. Lástima es que pocas veces acierte. Que ignore, por ejemplo (p. 594), la reciente historia de la literatura chilena compuesta por Hernán Díaz de Arrieta (Alone). Que, contrariamente a lo que él piensa (p. 20), existan historias de la literatura europea bastante conocidas: la difundidísima de Van Thiegem y la más completa de Nicolás Segur. Que, contra lo que él sostiene (p. 599), José Antonio Portuondo tenga libros publicados (uno de ellos **El concepto de la poesía** 1944). Que desconozca que en un libro de Roberto Giusti: **Siglos, escuelas, autores** (1946) está recogido, contra lo que él dice (p. 407), el ensayo (que tan justamente elogia): **Una generación juvenil de hace cuarenta años**.

Todo esto puede responder a una información que no se encuentra al día. Error más serio es una evidente desprolijidad en la atribución y la titulación de muchos de los libros. Puede ser indiferente hablar del **Periquillo Sarmiento** (sic); no lo es atribuirle a Armando Donoso la obra de Ricardo Donoso: **Las ideas políticas en Chile** o retitular el libro de Luis López de Mesa **La civilización contemporánea** (París, 1926), **La sociedad contemporánea**. En una increíble página (cabalísticamente, la 13) se habla de Huxley como

perteneciendo a la **filosofía alemana contemporánea**; a las **Meditaciones** sudamericanas de Keyserling se les llama **Cartas sudamericanas** de Kayserling (sic) y al sobrio **América Latina** de André Siegfred (1935) se le designa como **El drama de América Latina**, título que pertenece a la traducción española del que escribió John Gunther: **Inside Latin America** (1942).

Las familias de errores no terminan aquí y existen otros que calan más hondo. No es cierto, por ejemplo, que Jorge Luis Borges no haya vuelto a escribir poesía después de 1926 (p. 576); buena parte de su obra poética es posterior a esa fecha. No es cierto que Sarmiento escriba **La Condición del Extranjero en América** (p. 111); este libro es una recopilación posterior de una larga serie de artículos escritos desde 1855 a 1888. No es cierto que la visión sarmientina de la Pampa sea la primera (estéticamente hablando) (p. 106). Es bastante conocida la precedencia de algunos de **los viajeros ingleses** (tan artistas y algunos más que el propio Sarmiento). La de los magníficos **Travels** de Francis Bond Head es muy superior a la del sanjuanino y el mismo Sarmiento –además de usarla– la cita explícitamente en su **Facundo**. La afirmación de que los románticos eran deístas **sin dogma y sin clero** (p. 97) suscita objeciones, por lo menos en general. La estimación de muy fidedigno conferida al testimonio de Concolorcorvo (p. 63 [sic]) pasa por alto los fundamentales reparos planteados por Emilio Coni en **El gaucho** (1945). Hablar de la espontaneidad y la sencillez de la prosa de Martí (p. 162) resulta un lugar común, pero que en 1954 nadie debería emplear. Asignarle un sentido optimista a las afirmaciones de Ezequiel Martínez Estrada sobre la supervivencia de lo gauchesco en la actual sociedad argentina (**Muerte y transfiguración de Martín Fierro**) es un contrasentido interpretativo (p. 484) que la más ligera lectura de los textos desmiente.

La imprecisión del fondo histórico en que se ubican libros y autores es general. Ocho años –1827-1835– corren desde la caída de Rivadavia hasta el ascenso de Rosas al poder, que no son entonces sucesos inmediatos, como lo dice el autor (p. 181). Desde 1949 no estaba vigente en la Argentina la constitución de 1853, aunque el autor tampoco lo sepa (p. 113). Semejante imprecisión importa sostener, hacia estos años, que el análisis estilístico sea una **novísima metodología** (p. 590), aunque nos quedamos a oscuras sobre lo que Zum Felde considera análisis estilístico al mencionar como ejemplos de él al **Rubén Darío y su creación poética** de Arturo Marasso. El libro del profesor argentino nada tiene de tal y sí de abrumadora –y no siempre pertinente– investigación de fuentes literarias.

-V-

LAS TRAMPAS DEL LENGUAJE

De los novecentistas (Carlos Arturo Torres, Rodó, García Calderón) heredó Zum Felde un estilo de buena fluidez y nervio, de gran fuerza apodíctica y ligeramente enfático. El conjunto de características da una suma eficaz y esencialmente comunicativa.

Pero injertada en ese lenguaje, peligroso y extraño como una embolia dentro del curso rítmico de la forma, culmina en el **Índice** una tendencia que se marcaba ya desde **El Problema de la Cultura en América** (1943) y aún desde **El ocaso de la democracia** (1939). Esa tendencia es el uso y el abuso de una terminología filosófica que se maneja sin precisión (y sin necesidad), que oscurece las ideas en vez de aclararlas y da al libro un sesgo de invariable (e inefable) afectación.

Por lo general a Zum Felde no le contenta la fisonomía de los sustantivos o adjetivos de naturaleza abstracta que el idioma emplea con toda comodidad y al no contentarle, o

parecerle triviales, sólo los acepta con esa vuelta de tuerca que les ha impuesto –allí sí, con necesidad– la metodización científica o filosófica. Esta necesidad se resuelve, por lo general, llevando el vocablo de la realidad espiritual del hombre al mundo más aséptico de las ideas sistematizadas. La nueva palabra porta también el concepto de su simple singularidad a una calidad genérica, a un colectivo sentido.

Pero la historia literaria, el análisis literario, la crítica literaria, más allá de sus propios términos técnicos, maneja justamente eso: el mundo espiritual del hombre, el de la cultura; por ello la operación anterior, más que prescindible, es absolutamente inadecuada. Zum Felde no lo ha entendido así y obtiene resultados como los que siguen.

Un pensamiento en función histórica, con sentido histórico, con significación histórica es un pensamiento que se da en **historicidad** (p. 7, 16, 121, 331, 344). El desarrollo hispanoamericano, nuestra historia, es la **historicidad hispanoamericana** (p. 14) (dejando aquí al margen de que la **historicidad hispanoamericana** no fuera el atributo de algún ente real o imaginario). La historia (como ciencia) nunca puede quedarse modestamente en tal y aunque sea tan concreta como las crónicas es siempre **historiología** y su correspondiente retahila de adjetivos (p. 32, 369, 539, 100, 101, 118, 216, 563, 199, 489).

Lo social, concreta y fácticamente real, y previa a su calidad de tema o material de investigación por una ciencia, es **lo sociológico** (p. 9 y 328).

La realidad del continente, o de cualquier cosa, el fenómeno es **la fenomenalidad, simple o concreta o específica o múltiple o empírica** (p. 7, 10, 21, 199, 230, 262, 348, 485, 563). El conjunto de obras literarias es la **fenomenología literaria** (p. 280, 363) y todo lleva también sus naturales adjetivos de **fenoménico y fenomenológico** (p. 476, 479 y 539).

Una intención es una **orientación intencional** (p. 16). Una cosa orientada hacia algún fin es una cosa **normatizada** (p. 533). La esencia es **la esencialidad** (p. 15). Una sustancia una **sustantividad** (p. 320). El método de algo es una **metodología** (p. 362 y 363). Una norma una **normatividad** (p. 362). Los problemas –palabra demasiado modesta– siempre la **problematicidad** (dejando nuevamente al margen que pueda no ser sinónimo de la primera) o la **problemática** (p. 21, 216, 418, 471). El carácter de algo, de lo gauchesco por ejemplo, es su **esencia caracterológica** (p. 479). La teoría y lo teórico se resuelven en **teorética**, en su correspondiente adjetivo **teorético** y aún en el extraño **teorístico** (p. 58, 224, 263, 286, 416, 450, 490 y 575). El concepto de una cosa como la autonomía de América es su **conceptuación categórica** (p. 79). El criterio es **criteriología** (p. 263); algo fundado en él tiene **fundamento criteriológico** (p. 3044), la unidad de criterio es **unidad criteriológica** (p. 255, 237 y 539).

Zum Felde siente también una extraña inclinación por derivaciones desusadas y escribe (si no es culpa del tipógrafo) **boliviano** por **bolivariano**, **feudalista** por **feudal**, **epopéyicas** por **épicas**, **escolastismo** por **escolasticismo** y **bulangeriste** por **boulangiste** (partidario del General Boulanger, Francia, penúltima década del siglo XIX).

Concluamos. No cabe negar la tendencia, reiterada en todas las épocas, a que el lenguaje literario se irrigue y enriquezca con el lenguaje de las distintas ciencias. Hacia fines del siglo, por ejemplo, se realizó un transporte masivo del vocabulario biológico y fisico-químico a las formas literarias del ensayo. En nuestra época el mismo fenómeno es perceptible con la terminología del psicoanálisis y del análisis existencial. El lenguaje de Ortega, para situarnos en un caso cercano, ha sido uno de los grandes instrumentos de su influencia. Pero en estas fertilizaciones, cuando realmente han operado y triunfado, rigió y rige siempre una ley de necesidad. No se trata de tomar palabras a tontas y a locas y llevarlas de una región a otra a ver qué pasa, a ver si consiguen desplazar a las que ya tienen sus bien ganadas credenciales de servicio y arraigo. En esto, como en todo, parece prudente, un **ni tanto ni tan poco**. Hace

no más de cinco o seis años un conocido diario nacionalista independiente de la tarde se burlaba del adjetivo **existencial** que un editorialista de **El Debate** había, con toda corrección, empleado. Se preguntaba con sorna de dónde había salido ese término que tan extrañamente le sonaba y prometía [...] candidatura a la inclusión en el diccionario académico. [...] **macana** ha sido aceptada [...] qué no este? [...] indiscutible que [...] ejemplo de esclerosis [...] tontería) es un error [...] Parece evidente que [...] – simétricamente– [...].

(A PARTIR DE ACÁ EL TEXTO TIENE INCONVENIENTES EN LA IMPRESIÓN QUE NO PERMITEN UNA LECTURA COMPLETA).